

PROSAS REUNIDAS

WISŁAWA SZYMBORSKA

PROSAS REUNIDAS

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE
MANEL BELLMUNT SERRANO

OLPASM

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

PRÓLOGO: LA PROSA DE SZYMBORSKA ENTRE EL HUMANISMO Y LA IRONÍA

El poeta, si es poeta de verdad,
siempre tiene que repetirse «no sé».

WISŁAWA SZYMBORSKA

Cuando la Academia sueca concedió el 3 de octubre de 1996 el Premio Nobel de Literatura a Wisława Szymborska (Kórnik, 1923), en España solo unos pocos conocían su obra poética y se encontraban en disposición de enumerar los méritos que la habían hecho acreedora de tal galardón. Así que cuando la noticia se dio a conocer, la mayoría se encogió de hombros y trató de recabar información sobre esa autora polaca llamada Wisława Szymborska. Era, dicho sea de paso, una reacción del todo normal: en nuestro país solo se habían publicado por entonces algunos poemas de Szymborska en una antología de Fernando Presa González. Pero en Europa la situación era otra. En países como Alemania, Inglaterra o Francia la obra de Szymborska ya era conocida y la concesión de dicho galardón no comportó sorpresa alguna. Algo más de una década después, sus poemarios aparecen casi anualmente en las librerías de nuestro país y el aficionado a la poesía conoce su obra. Es posible, incluso, que haya memorizado alguno de sus poemas («Cuando pronuncio la palabra Futuro / la primera sílaba pertenece ya al pasado / Cuando pronuncio la palabra Silencio / lo destruyo...»). Para el resto, es decir, para todos aquellos que desdeñan el *improductivo* placer de leer poesía, el suyo no es más que otro impronunciable nombre que, de vez en cuando, aparece en los periódicos.

Quienes conocen la obra poética de Szymborska no escatiman adjetivos para elevarla al olimpo de la lírica contemporánea; y lo cierto es que tienen motivos para hacerlo. La suya es una poesía sencilla en apariencia, que adopta un tono intimista, casi confesional, y que trata de tender un puente entre el autor y el lector, un nexo de unión en donde ambos puedan compartir sus vivencias, sus experiencias, sus referentes culturales y sus historias. No es una poesía destinada a las élites de la lírica (aunque su obra también está dotada de diferentes niveles), sino un punto de encuentro para gente corriente. Szymborska, gracias a la gran versatilidad de contenidos presentes en su obra, nos muestra la inexistencia de temas inherentemente poéticos. Todo es poesía y todo es poetizable, aunque algunos se lleven las manos a la cabeza. Y en el centro mismo de ese *cosmos* poético se encuentra el ser humano, «el más pasmoso y absurdo eslabón de la cadena biológica evolutiva». Pero no nos engañemos. La suya no es una visión pesimista de la existencia; justo lo contrario. Para Szymborska, el que estemos aquí y ahora constituye un hecho extraordinario, de una importancia capital, que debe ser subrayado y entendido. No hay pesimismo en su obra, y en su lugar se erige un humor refinado y cáustico. «Todos mis poemas nacen del amor», dirá la poetisa, pues toda creación poética «es en el fondo una forma de amor hacia el mundo». Y el fundamento y la aspiración última de esta poesía es, paradójicamente, la llegada al conocimiento máximo, es decir, el de quien sabe que no sabe. «El poeta, si es poeta de verdad, siempre tiene que repetirse no sé.» Así lo expresó la propia Szymborska en la ceremonia de entrega del Premio Nobel.

Todos sus poemas anhelan llegar a una revelación, tratan de encontrar una respuesta. Pero cuando aparentemente la consiguen, la duda se apodera de ella y toma conciencia entonces de que esa verdad, si realmente lo es, no durará más que un

instante... algo fugaz que devendrá insuficiente. Pero el libro que quiero presentarles no es una antología de sus poemas, y con razón se preguntará el lector por qué hago referencia a su poesía. Las razones son múltiples, pero únicamente referiré dos: en primer lugar, los temas tratados en este volumen de *prosas* son, en su mayoría, los mismos a los que alude su poesía y, en segundo lugar, para comprender la dimensión moral y ética de la autora es necesario comprender su poesía y su visión del arte. Y esa visión del arte coincide tanto en su obra poética como en su prosa, y podríamos definirla como un humanismo revestido de ironía.

*Lecturas no obligatorias*¹ es una recopilación de textos aparecidos durante décadas primeramente en *Zycie Literackie*, un conocido semanario polaco de literatura y cultura, y, más tarde, en otras revistas como *Pismo* u *Odra*. A partir de 1993, estas breves piezas en prosa se publicaron en *Gazeta Wyborcza*, un importante periódico polaco nacido en 1989. Como la misma autora explica en un breve prefacio, sus columnas no son reseñas literarias, sino comentarios a obras que normalmente no acaparan la atención del crítico. Obras que pasan desapercibidas, pero que más tarde se convierten en éxitos de ventas. En ocasiones, Szymborska se olvida *ex profeso* de las obligaciones del articulista y divaga sobre temas que guardan poca o ninguna relación con el libro. Rara vez se centra exclusivamente en la obra en cuestión, sus características formales o su calidad literaria, pero siempre arroja una valoración crítica —a veces sutil; otras, despiadada— sobre el asunto en cuestión. Esas opiniones son las que nos brindan la oportunidad de conocerla mejor. Sin embargo, no caeremos

¹ Los textos aquí reunidos aparecieron originalmente en tres volúmenes: *Lecturas no obligatorias*, *Otras lecturas no obligatorias* y *Más lecturas no obligatorias*. (Todas las notas son del traductor.)

en el error de identificarla plenamente con lo expuesto en los artículos: hay algo de ficción también en ellos. Además, esa ironía de la que magistralmente se sirve ya se encarga de desdibujar el perfil de la autora. En el fondo, sus artículos no son más que un pretexto para adentrarse en el campo de una prosa que siempre se ha declarado «incapaz de escribir». El lector pronto se dará cuenta de la realidad que subyace bajo esa aseveración, y de que la autora polaca utiliza el lenguaje con maestría y precisión también en prosa. Hay artículos sobre biología, arqueología, historia, geología, botánica, psiquiatría, gastronomía... Pero en todos ellos se aprecia a trasluz el lado más humanista de Szymborska, un humanismo recubierto de ironía. Mordemos y saboreamos sus artículos, y cuanto más lo hacemos, más clara se nos antoja la irrealidad de lo aparente. Pues, para la autora, el ser humano es simultáneamente una criatura pensante y un primate, capaz de lo maravilloso y lo abominable. Y ambos lados se tornan translúcidos a través de un lenguaje sencillo, pero preciso, como firmaría el mismo Joseph Brodsky. El humanismo de Szymborska destaca por su marcado antiantropocentrismo (he ahí parte de la ironía), dado que niega que seamos la culminación del mundo animal y que este nos pertenezca. ¿Por qué no nacemos sabiendo componer un soneto decente? ¿O las tablas de multiplicar? ¿O el idioma de nuestros padres? Pero no, nacemos igual de analfabetos que nuestros padres, igual de ineptos para la música, la literatura, la pintura... Del mismo modo, la autora ironiza sobre ese orden que hemos creído imponer sobre el mundo. No es más que una construcción humana, parece decir, un castillo de naipes. No tenemos ni idea de cómo se sienten los otros animales, parece decir Szymborska. Ni siquiera nosotros hemos sabido darle sentido a nuestra propia muerte, cómo vamos a dárselo a la vida de otros. Y aún dice más. El ser humano carece de ese mecanis-

mo de freno que impide la muerte del oponente (ni siquiera hace falta poner ejemplos). En cambio, los otros animales sí han conservado esa virtud: «Todos los instintos me parecen dignos de ser envidiados. Pero uno de ellos, especialmente: se llama el instinto de frenar los golpes. Los animales a menudo se pelean con otros de su misma especie, luchas que, sin embargo, concluyen por regla general sin sangre. En un momento determinado, uno de los oponentes se retira y así queda la cosa. Los perros no se devoran unos a otros, los pájaros no se matan a picotazos y los antílopes no se ensartan mortalmente. No se debe a que sean dulces por naturaleza. Simplemente que actúa un mecanismo que pone freno al ímpetu, a la fuerza del impacto o a la oclusión de las fauces...».

Además de su marcado antiantropocentrismo, su visión de la naturaleza es característicamente antirromántica y antimística: para ella, la naturaleza no es en ningún caso una proyección de nosotros mismos, sino que posee una existencia propia, independiente y material. Y su manera de acercarse a ella se aleja de las concepciones holísticas y se abraza al empirismo, a la concreción y a lo observable: los nombres, las ideas y las concepciones que normalmente le atribuimos a la naturaleza no son más que el resultado de nuestra conciencia. Son imputaciones humanas. En ningún caso hacen referencia a las características intrínsecas del mundo natural. Esto no implica que se dude de la existencia real y material del mundo, sino que sus valores sensitivos y estéticos solo son percibidos a través de nuestros sentidos. El ser humano, a diferencia de otros seres vivos, es capaz de percibir cuándo sus acciones suponen un claro perjuicio para otros. Pero Szymborska también subraya el prodigio que supone nuestra existencia: «¿No podría, por el contrario, fortalecernos, reforzarnos, enseñarnos el respeto mutuo, hacernos pensar un poco en una forma de vida más humana? ¿Diríamos tantas estupideces y mentiría-

mos a sabiendas de que resuenan en todo el cosmos? ¿Podría esta simple y extraña vida adquirir finalmente su valor, el que merece, el valor de un fenómeno, de una revelación, el valor de algo sin parangón a escala universal?».

La filosofía de Szymborska se decanta por la moderación (que no el conservadurismo) y el escepticismo. Trata cautamente de evitar las grandes frases y las grandes aseveraciones y prefiere las contradicciones a las verdades generalmente aceptadas. El mundo que nos presenta no se basa en una cosmogonía aparte, sino que añade glosas a la realidad en que vivimos. Como ella misma añade en algunas ocasiones a sus artículos, su lugar se encuentra en el margen, junto al conocimiento aceptado. Es una heterodoxa que, sin embargo, prefiere no alejarse en exceso de la ortodoxia. Mantenerse a distancia y levantar la voz para conceder la palabra a la excepción. Por ejemplo, en uno de los capítulos, Szymborska pone en duda la idea preconcebida de que el instinto siempre cuida de buscar las mejores soluciones para cada especie. En *Una felicidad compulsiva* escribe sobre las aves migratorias: «El instinto que le obliga cada otoño a alzar el vuelo y migrar, a veces, a decenas de miles de kilómetros de distancia, solo parece serle favorable y velar por su seguridad. Si la razón fuese únicamente el encontrar un buen ceba-dero con un clima más templado, muchas especies de aves finalizarían su persistente migración mucho antes. Pero estas irresponsables criaturas vuelan más allá, por encima de las montañas, donde sorprendidas por el temporal se hacen añicos contra las rocas, o, sobre los mares, se hunden en ellos. El propósito de la naturaleza ni siquiera es la despiadada selección natural: en estas circunstancias mueren de igual forma los ejemplares más débiles y los más fuertes».

Ese humanismo cargado de excepciones, de reglas que no se cumplen, de glosas y notas a pie de página, inunda las páginas de *Lecturas no obligatorias*. Ese humanismo enmascarado por la

PRÓLOGO

ironía siempre esconde una revelación tras de sí. A veces no es evidente; otras, sí lo es. Es posible que el lector piense de diferente manera. Puede que disienta de sus opiniones. Pero la reflexión sobre la cotidianidad, sobre lo trivial, sobre lo comúnmente aceptado, no le dejará indiferente. Y cuando concluyan las páginas y la lectura llegue a su trágico y prometido final, solo una cosa será evidente: nuestra existencia es un misterio insondable, uno maravilloso, frente al que únicamente podemos encogernos de hombros y experimentar su riqueza y diversidad. Pero son muchas las ideas y conclusiones que se desprenden de su lectura. Por ello, debe ser el lector quien, en última instancia, encuentre ese puente de unión entre él/ella y la autora.

Lecturas no obligatorias es muchas cosas, todas a la vez. Es por eso que esas piezas en prosa son tan entretenidas y amenas. Y lejos de vulgarizar la literatura, buscan todo lo contrario: devolverle su dignidad y su humanidad. Porque el Libro, como diría Szymborska, es una de las mayores invenciones del *Homo ludens*. Nos hace libres, nos invita a soñar y nos entretiene, entre otras muchas cosas. Szymborska sigue escribiendo, para disfrute del resto. Y la sonrisa, aunque digan lo contrario, nos acerca a nosotros mismos.

MANEL BELLMUNT SERRANO

NOTA DE LA AUTORA

La idea de escribir *Lecturas no obligatorias* surgió de la columna que normalmente aparece en todas las revistas literarias con el nombre de *Libros recibidos*. Era fácil comprobar que únicamente un pequeño porcentaje de los libros en ella mencionados conseguían llegar después al escritorio de los críticos. Se solía otorgar preferencia a las bellas letras y a los artículos sobre la política actual. Las memorias y las reediciones de los clásicos gozaban de una menor importancia. Prácticamente ninguna se concedía a las monografías, las antologías y los diccionarios. Y ninguna en absoluto a los libros de divulgación científica o a cualquier tipo de guía. Pero las cosas se veían de otra manera en las librerías: la mayoría de los libros afanosamente reseñados (la mayoría, aunque no todos) acumulaban polvo en los estantes durante meses hasta que los empaquetaban para convertirlos en pasta, mientras que todos los otros (los no valorados, los no discutidos y los no recomendados) se agotaban en un visto y no visto. Sentí la necesidad de dedicarles un poco de atención. Al principio pensaba que escribiría verdaderas reseñas, es decir, que determinaría en cada caso la naturaleza del libro, lo colocaría en una determinada corriente y daría a entender cuál de ellos es mejor o peor. Pronto me di cuenta de que no era capaz de escribir reseñas y que ni siquiera tenía ganas de hacerlo. Que en realidad soy y quiero continuar siendo una lectora *amateur* sobre la cual no recaiga el apremiante peso de la constante evaluación. El libro es a veces el tema central; en otras ocasiones, solo el pretexto para entretejer libres asociaciones. Aquel que califique estas *Lecturas* de folletinescas estará en lo cierto. Quien se empecine en que son *reseñas* se llevará un desengaño.

Y una cosa más, lo digo de corazón: soy una persona anticuada y creo que leer es el pasatiempo más hermoso creado por la humanidad. El *Homo ludens* baila, canta, realiza gestos significativos, adopta posturas, se acicala, organiza fiestas y celebra refinadas ceremonias. Para nada desprecio la importancia de estas diversiones: sin ellas, la vida humana pasaría sumida en una monotonía inimaginable y, probablemente, la dispersión. Sin embargo, son actividades en grupo sobre las que se eleva un mayor o menor tufillo de instrucción colectiva. El *Homo ludens* con un Libro es libre. Al menos, tan libre como él mismo sea capaz de serlo. Él fija las reglas del juego, subordinado únicamente a su propia curiosidad. Puede permitirse no solo leer libros inteligentes de los que aprenderá cosas, sino también libros estúpidos de los que algo sacará. Es libre de no leer un libro hasta la última página, y de empezar otro por el final e ir retrocediendo. Puede echarse a reír en un punto no destinado a ello o, de repente, detenerse ante unas palabras que recordará durante el resto de su vida. Y, finalmente, es libre —y ningún otro pasatiempo puede ofrecerle esto— de escuchar de qué habla Montaigne o de zambullirse en el Mesozoico por un instante.

W. S.

PRIMERA PARTE
LECTURAS NO OBLIGATORIAS

PROFESORES DESPISTADOS

Las anécdotas sobre los grandes hombres son una lectura reconfortante. De acuerdo, pensará el lector, cierto es que no he descubierto el cloroformo, pero al menos no era el peor estudiante de la escuela como Liebig. Naturalmente no fui el primero en hallar la arsfenamina, pero al menos no soy tan despistado como Ehrlich, quien se escribía cartas a sí mismo. En cuestión de elementos, está claro que Mendeléyev me supera, pero seguro que soy mucho más aseado y presentable que él por lo que al pelo respecta. ¿Y he olvidado alguna vez presentarme en mi propia boda como Pasteur? ¿Acaso he cerrado alguna vez el azucarero con llave como Laplace para que no lo utilizara mi mujer? La verdad es que, comparados con ellos, todos nos sentimos un poco más sensatos, mejor educados e, incluso, más magnánimos por lo que respecta al día a día. Además, la perspectiva del tiempo nos ha permitido saber qué científico tenía razón y cuál estaba vergonzosamente equivocado. ¡Qué inofensivo nos parece hoy un tal Pettenhoffer! Fue un médico que combatió de un modo vehemente los estudios sobre la acción patógena de las bacterias. Cuando Koch descubrió la bacteria *Vibrio cholerae*, Pettenhoffer se bebió una probeta entera llena de esos desagradables gérmenes durante una demostración pública tratando de demostrar que los bacteriólogos, con Koch a la cabeza, eran unos mitómanos peligrosos. La singular gran-

deza de esta anécdota radica en el hecho de que no le pasó nada a Pettenhoffer. Conservó su salud y hasta el último de sus días pregonó burlonamente que tenía razón. Por qué no enfermó continúa siendo un misterio para la medicina. Pero no para la psicología. A veces aparecen personas con una resistencia excepcionalmente vigorosa a los hechos evidentes. ¡Qué agradable y honroso es no ser como Pettenhoffer!

Los científicos y sus anécdotas, Waclaw Gołebowicz,
Varsovia, Wiedza Powszechna, 2.^a edición, 1968

LA IMPORTANCIA DE ASUSTARSE

A cierto escritor dotado de una vívida imaginación se le pidió que escribiera alguna cosa para los niños. «Excelente —dijo con alegría—, justamente tengo algo pensado sobre una bruja.» Las señoras de la editorial agitaron los brazos: «¡Nada de brujas, no hay que asustar a los niños!». «¿Y qué se supone que hacen los juguetes que se venden en las tiendas o esos ositos bizcos de felpa violeta?», preguntó el escritor. Por lo que a mí respecta, veo la cosa de diferente manera. A los niños les encanta asustarse con los cuentos. Sienten la necesidad natural de vivir grandes emociones. Andersen atemorizaba a los niños, pero estoy segura de que ninguno de ellos le guardaba rencor, incluso después de haber dejado de serlo. Sus hermosísimos cuentos de hadas están repletos de criaturas indudablemente sobrenaturales, sin contar a los animales que hablan y a las elocuentes herradas. No todos los miembros de esta hermandad eran amables e inofensivos. La figura que con más frecuencia aparece es la muerte, un personaje implacable que penetra en el corazón mismo de la felicidad y arrebató lo mejor, lo más amado. Andersen trataba a los niños con seriedad. No solamen-

te les hablaba de la gozosa aventura que es la vida, sino también de sus infortunios, las penas, y sus no siempre merecidas calamidades. Sus cuentos de hadas, poblados por criaturas de la imaginación, son mucho más realistas que todas esas toneladas de páginas que forman la literatura actual para niños, la cual se preocupa por la verosimilitud y evita lo fantástico como si del demonio se tratara. Andersen tuvo la valentía de escribir cuentos de hadas con un final triste. Consideraba que no se debía intentar ser bueno porque valiera la pena (tal y como obstinadamente propagan los cuentos actuales con su moraleja, aunque, en este mundo, no siempre ocurra así), sino porque la furia procede de una limitación emocional e intelectual y es la única forma de pobreza por la cual se debe sentir aversión. ¡Y es tan graciosa...! Andersen no hubiese sido tan gran escritor de no ser por su sentido del humor, que hace gala de una rica gama de matices, desde la sonrisa bondadosa hasta la mofa. Y, de la misma manera, creo que tampoco se hubiese convertido en tan gran moralista siendo él mismo la bondad personificada. Pues no lo era. Tenía sus caprichos y debilidades, y era un individuo difícil de soportar a diario. Dicen que Dickens bendijo el día en que Andersen fue a visitarle y se hospedó en un cuartito repleto de flores de bienvenida. Lo mismo hizo al día siguiente cuando su invitado se marchó y desapareció en la niebla de Copenhague. Todo parecía indicar que aquellos dos escritores que tantos rasgos en común compartían se mirarían a los ojos hasta el final de sus días. Pero no pudo ser.

Cuentos de hadas, Hans Christian Andersen,
traducción de Stefania Beylin y Jarosław Iwaszkiewicz,
Varsovia, Państwowy Instytut Wydawniczy,
5.^a edición (¡vaya!) 1969

UNA DUDOSA COMPENSACIÓN

¡Cuántas especies animales manifiestan su capacidad para llevar una vida independiente justo después de nacer, únicamente gracias a un sistema nervioso que a duras penas alcanzamos a imaginar, y a una destreza innata que nosotros, dentro de nuestras posibilidades y necesidades, solo obtenemos al cabo de muchos años y con gran esfuerzo! La naturaleza nos ha privado de un millar de extraordinarias cualidades, si bien también es cierto que nos ha dado el intelecto a cambio, como si hubiese olvidado que este sería nuestro único modo de arreglárnoslas en este mundo. De haber pensado en ello, la naturaleza habría transferido de forma hereditaria muchas informaciones básicas. Habría sido razonable si hubiésemos nacido sabiendo las tablas de multiplicar, conociendo, aunque fuera, el idioma de nuestros padres, capaces de componer, aunque con dificultades, un soneto decente o pronunciar una conferencia en un acto solemne. El recién nacido podría enseguida alzar el vuelo hacia las regiones más elevadas del pensamiento especulativo. Al tercer año de vida podría escribir las *Lecturas no obligatorias* mejor que yo, y a los siete sería el autor del libro *Instinto o experiencia*. Sé que airear todas mis penas en las columnas de *Życie Literackie*² no sirve de nada, pero me sentía afligida. Dröscher escribe vívidamente sobre los sorprendentes logros del tejido nervioso que permite a los animales ver sin ojos, oír a través de la piel y husmear el peligro sin que haya la más mínima brisa. Todo ello es parte del riquísimo ritual de las actividades del instinto... Todos los instintos me parecen dignos de ser envidiados. Pero uno de ellos, especialmente: se llama el

² *Życie Literackie* (La vida literaria) es un conocido semanario polaco dedicado a la vida cultural y literaria de Polonia que empezó a publicarse en Cracovia a partir de 1951.

instinto de frenar los golpes. Los animales a menudo se pelean con otros de su misma especie, luchas que, sin embargo, concluyen por regla general sin sangre. En un momento determinado, uno de los oponentes se retira y así queda la cosa. Los perros no se devoran unos a otros, los pájaros no se matan a picotazos y los antílopes no se ensartan mortalmente. No se debe a que sean dulces por naturaleza. Simplemente a que actúa un mecanismo que pone freno al ímpetu, a la fuerza del impacto o a la oclusión de las fauces. Este instinto solamente desaparece en cautividad, así como tampoco se manifiesta en aquellas especies que han sido criadas fuera de su lugar natural. Lo que viene a ser lo mismo.

Instinto o experiencia, Vitus B. Dröscher, traducción del alemán de Krystyna Kowalski, Varsovia, Wiedza Powszechna, 1969

LA ABSTRACCIÓN DE LOS NÚMEROS

Mi primer contacto con la estadística tuvo lugar bastante pronto: tenía unos ocho o diez años cuando fui con mi clase a una exposición de prevención contra el alcohol. Estaba llena de diagramas y cifras que, obviamente, no recuerdo. Por el contrario, sí recuerdo perfectamente una reproducción muy colorida, hecha con yeso, del hígado de un borracho. Una buena muchedumbre se congregó alrededor de aquel hígado. Pero lo que más nos fascinaba era un tablón en donde se encendía una lucecilla roja cada dos minutos. En la inscripción se explicaba que, cada dos minutos, moría en el mundo una persona por causa del alcohol. Todas nos quedamos petrificadas. Una de la clase tenía uno de esos relojes de pulsera y comprobaba con esmero y atención la regularidad de la lucecilla. Pero Zosia W. aún

encontró un método mejor. Se santiguó y comenzó a orar por el descanso eterno de todos ellos. La estadística nunca ha vuelto a provocar en mí emociones tan inmediatas como aquellas. Tengo un amigo a quien leer anuarios estadísticos le proporciona una recreación completa de la vida, a través de las cifras ve y oye e, incluso, experimenta sensaciones olfativas. Le envidio. Cuántas veces intento yo misma transformar simples cifras en imágenes concretas, hacer aparecer ante mis ojos un hombre y una-coma-algo mujeres. Esa extraña pareja trae al mundo (¡aproximadamente!) a dos niños, y esos niños enseguida se ponen a beber alcohol, tanto que, al cabo de un año, ya se han bebido cuatro litros y medio. A ello se suman dos fenómenos tan terribles, tanto en el contenido como en la forma, como la morbilidad de la abuela y la mortandad del abuelo. Probablemente, Irena Landau escribió *El polaco estadístico* para ese tipo de personas que tienen una imaginación igualmente inadecuada. Intentó representar en este librito a una familia corriente en multitud de situaciones cotidianas. Desgraciadamente, los señores Kowalski se sienten tan estadísticamente típicos que, de inmediato, se convierten en personajes abstractos, dado que el individuo nunca puede sentirse típico. Es un libro fácil de digerir, aunque poco nutritivo. Todas esas grandes cifras son difíciles de domesticar, y algunas de ellas no son en absoluto propias del registro conversacional. Al final del libro, la autora misma, no sin cierto sentido del humor, invita al lector a consultar un anuario estadístico que sea algo más interesante.

El polaco estadístico, Irena Landau,
Varsovia, Iskra, 1969

SIGUE SOÑANDO

Soñamos, ¡pero tan negligentemente, tan a la ligera! «Quiero ser un pájaro», dice este o aquel. Pero si el sumiso destino lo convirtiese en un pavo, se sentiría desencantado. No era eso precisamente lo que había pedido. Aún peores serían los peligros relacionados con el vehículo del tiempo. «Me gustaría despertarme en la Varsovia del siglo XVIII», pensarías despreocupado, imaginándote que con eso basta. Que naturalmente desembarcarás, cómo no, en los salones de su Majestad, que con una dulce sonrisa te tomará del brazo y te conducirá al comedor, a una de sus célebres comidas de los jueves. En cambio, caes de bruces en el primer charco que se presenta. Y justo cuando consigues con gran dificultad levantarte, por esa estrecha calle entra un carruaje tirado por ocho caballos que te aplasta; así que aterrado y contra la pared te encuentras de nuevo cubierto de barro de pies a cabeza. Y, por si fuera poco, no ves un pimiento, no sabes hacia dónde ir, y vagas por los patios traseros de los palacios en un caos de calles, montones de basuras y sucias casas en ruinas. Poco después, unos granujas salidos de la oscuridad comienzan a tirar de tu cazadora. No estoy escribiendo una novela, así que no tengo la obligación de idear una manera de sacarte de ese embrollo. Basta con decir que ahora estás sentado en una taberna en la que te sirven un asado, pero en un plato sucio. Se lo haces saber al tabernero y este se saca la orilla de la camisa de los pantalones y frota el plato hasta sacarle brillo. Cuando te pones furioso, te dice que seguramente te has criado en los espesos bosques, ya que no sabes que es así como el mismo Radziwiłł³ atiende a las damas. En el hotel, después de no haber solicitado con suficiente in-

³ El príncipe Janusz Radziwiłł (1612-1655) fue un poderoso noble polacolituano y un magnate.

sistencia agua para lavarte, te lanzas a la cama y, a su vez, los chinches se abalanzan sobre ti. Finalmente, consigues dormirte poco antes del amanecer, pero pronto te despiertan los gritos ya que, en el piso de abajo, alguien ha provocado un incendio. No esperando el rescate de los bomberos, quienes todavía no han sido inventados, te lanzas por la ventana y, únicamente gracias a la montaña de pestilentes desechos que hay en el patio, no te partes el cuello, sino solo una pierna. Un aprendiz de barbero te coloca la pierna en el sitio sin anestesia. Puedes considerarte afortunado si no aparece en ella la gangrena y los huesos crecen rectos. Cojeando vuelves a tu época y te compras el libro por el cual deberías haber empezado: *La vida diaria en Varsovia durante la Ilustración*. Te ayuda a recuperar el equilibrio necesario entre la vulgaridad y la magnificencia de aquellos tiempos.

La vida diaria en Varsovia durante la Ilustración,
Anna Bardecka e Irena Turnau, Varsovia,
Państwowy Instytut Wydawniczy, 1969

SILLAS MUSICALES

«Desgraciadamente, no puedo decir más sobre *Il trovatore*⁴ porque, aunque yo mismo he interpretado muchas veces esta ópera, a día de hoy aún no sé demasiado bien de qué va...» Leo Slezak, el célebre tenor vienés, dejó esta confesión en sus memorias. ¡Y menudo peso me he quitado de encima! Resulta que no soy la única persona de la sala que no siempre sabe quién

⁴ *Il trovatore* es una ópera en cuatro actos con música de Giuseppe Verdi y libreto de Salvatore Cammarano, basada en una obra de teatro de Antonio García Gutiérrez.

canta contra quién, por qué aquel que se había disfrazado de sirviente, de repente, resulta ser una virgen pelirroja y pechugona, y por qué esa virginal joven tan bien alimentada se desmaya al ver a una segunda doncella, bastante más mayor, que la llama su queridísima y finalmente encontrada hijita. Así que no soy solo yo, la gente que sale a escena tampoco sabe qué está pasando. Según parece, las guías operísticas como la de Józef Kański son necesarias a ambos lados de la candileja. No tengo por qué promocionar el libro: la primera edición se ha esfumado en un visto y no visto. Solamente puedo decir que examina doscientas óperas desde Monteverdi hasta los años sesenta de nuestro siglo. Dedicar una breve biografía a cada uno de los creadores, una detallada descripción del contenido de la obra y, finalmente, habla de los rasgos característicos de su música. No puedo decir que haya conseguido leer las doscientas óperas de un tirón. Pero he leído todos los listados de personajes que actúan y las características de sus voces. Una dura política de personal reina en el mundo de la ópera. Un código tan inquebrantable como el de las primeras tribus rige las relaciones familiares. La soprano debe ser hija de un bajo, esposa de un barítono y amante de un tenor. Los tenores no pueden engendrar una contralto ni tener relaciones carnales con una. Un amante barítono es una rareza y, en cualquier caso, es mejor buscarse un mezzosoprano. A su vez, las mezzosopranos deben tener mucho cuidado con los tenores: el destino suele condenarlas al rol de ser *la otra* o a la aún más triste posición de amiga de los sopranos. La única mujer barbada de la historia de la ópera (véase *El ascenso del libertino* de Stravinski) es una mezzosoprano, y, naturalmente, no logra la felicidad. Por regla general, salvo los padres espirituales, cantan como bajos los cardenales, las fuerzas del infierno, los funcionarios de prisiones y, en una ocasión, el director de un hospital para enfermos mentales. Lo expresado más arriba no conduce a ninguna conclusión. Admi-

ro la ópera, que no es la vida real, y admiro la vida, que es en ocasiones una verdadera ópera.

La guía operística, Józef Kański, Cracovia,
Polskie Wydawnictwo Muzyczne, 2.^a edición, 1968

FELICIDAD COMPULSIVA

«Hay posado en un árbol un pájaro / que se extraña de la gente, / porque ni el más sabio sabe decir / dónde se encuentra la suerte...» Pese a todo, es mejor no saber a la forma humana que saber a la de pájaro. El ave es un loco ignorante de su propia locura. El instinto que le obliga cada otoño a alzar el vuelo y migrar, a veces, a decenas de miles de kilómetros de distancia, solo en apariencia le es favorable y vela por su seguridad. Si la razón fuese únicamente el encontrar un buen cebadero con un clima más templado, muchas especies de aves finalizarían su persistente migración mucho antes. Pero estas irresponsables criaturas vuelan más allá, por encima de las montañas, donde sorprendidas por el temporal se hacen añicos contra las rocas, o, sobre los mares, se hunden en ellos. El propósito de la naturaleza ni siquiera es la despiadada selección natural: en estas circunstancias mueren de igual forma los ejemplares más débiles y los más fuertes. Un horrible destino persigue al ganso salvaje del Lago Chany. Siente el impulso de despegar cuando aún no ha pelechado y es incapaz de alzar el vuelo. De ese modo, inicia su viaje a pie hacia el sur. Con impaciencia esperan este desfile masivo diferentes tipos de aves rapaces, así como un mamífero con un garrote: el hombre. Y comienza la masacre, aunque esta se repita con regularidad año tras año, siglo tras siglo, y no deje ningún vestigio de recuerdo en la memoria de esta especie. Una travesura aún más diabólica es la que le juega

la naturaleza a los lemmings, unos simpáticos animales que viven en madrigueras. Llega un día en que hay tantos en ellas que abandonan en tropel su antigua morada. ¿Para fundar nuevas colonias cercanas? ¡Qué va! Se marchan. Simplemente se marchan, porque es eso lo que dictamina su destino hormonal. Y siguen caminando hasta llegar al mar, donde se ahogan. Esta especie continúa existiendo gracias a los contados individuos de la misma especie que permanecen en las antiguas madrigueras. La historia humana contiene episodios similares. Solo que nosotros no estamos obligados a sentirnos orgullosos de ellos, mientras que sospecho que sobre los animales pesa, además, el apremio de la felicidad. Blond escribió su libro para los jóvenes. Contiene cinco relatos: los lemmings, los gansos salvajes, las focas, los elefantes y los bisontes. Pensando en el joven lector, ha novelizado las cosas, pero con moderación y sin balbuceos. De ese modo, también los adultos pueden leer el libro con provecho y horror.

Misteriosos lemmings, Georges Blond,
traducción del francés de Janina Karczmarewicz-
Fedorowska, Varsovia, Nasza Księgarnia, 1969

¡CUÁNTO CUESTA SER UN CABALLERO!

El Cid existió realmente y es cierto que su esposa tenía por nombre Jimena. De igual forma, la valentía del Cid no deja lugar a dudas. Sin embargo, la leyenda ha exagerado un tanto la irreconciliable enemistad con los moros españoles. A veces este hombre también combatía del lado sarraceno contra los cristianos. El sobrenombre de *Cid*, del árabe *sidi* (mi señor), refleja esa familiaridad por parte del héroe con el mundo del islam. Sin embargo, el cantar popular no le recuerda así y confiere a su

vida un único y decisivo rumbo: del lado del rey español contra los moros. Los primeros poemas sobre el Cid surgieron probablemente medio siglo después de su muerte, es decir, a mediados del siglo XII. La versión que hoy se conserva data del siglo XIII. Es dudoso que sea obra de un único autor, sino más bien de dos, que solamente un copista convertiría más tarde en una sola persona. El *Poema* se divide, por una parte, en el relato de los hechos de armas del Cid y, por otra, en sus problemas familiares. En la primera se oye el sonido de las espadas y, en la segunda, solamente el cuchicheo de las cortesanas y el susurro de los vestidos de las doncellas. Y aunque el encanto de la sencillez y la ingenua concreción están presentes en ambos relatos, por alguna razón, prefiero la primera. Fue escrita por un Balzac medieval. La guerra es para él, ante todo, una empresa financiera. Para combatir hay que apoderarse del oro y, para conseguir el oro, no hay más remedio que combatir. Dado que la guerra es costosa, esta debe ser rentable. Es necesario especular con el botín, exigir un tributo y, si no es suficiente, estafar con los préstamos. La cabeza del caballero, hasta que alguien se la cortaba, estaba siempre llena de cálculos. El autor no se olvida ni por un segundo de los botines de guerra y los enumera con arrojo y gusto. Lejos aún de la consciente idealización de la caballería, el *Poema* tiene el aroma de la autenticidad, que, por ejemplo, se observa levemente envuelto por un perfume vaporoso de virtudes absolutas en *La Chanson de Roland*. La traducción de Anna Ludwika Czerny es maravillosa. Ha conservado íntegra la libertad interna de esta temprana poesía épica. Y ha transmitido también esa extraña franqueza medieval que hoy nos parece un tanto perversa.

Poema del Cid, traducción del español de Anna Ludwika Czerny, epílogo de Zygmunt Czerny y diseño gráfico de Józef Wilson, Cracovia, Wydawnictwo Literackie, 1970